

# El diálogo con los hermanos separados

Prudencio Damboriena, S. J.

Respondiendo al ansia universal, el Papa Paulo VI ha consagrado partes de su primera encíclica al problema de nuestras relaciones con los hermanos separados. Lo pedían el ambiente ecuménico del momento, el tema eclesiológico y el diálogo que forman secciones principales del documento. Tampoco faltaban quienes aguardasen algunas normas aclaratorias del supremo magisterio con el fin de disipar ciertos malentendidos que "en materia tan compleja y delicada" empezaban a apuntar.

Cuantos llevan en el alma ansias ecuménicas y deseos de incrementar sus contactos con todo el mundo cristiano, no quedarán defraudados. Partiendo de la base de que en la Iglesia de hoy "no hay determinadas herejías ni desórdenes que corregir" —y ello debe aplicarse a los métodos empleados en el diálogo ecuménico—, la encíclica contiene directivas luminosas, cautelas y precisiones de gran valor que nos ayudarán en la ardua pero siempre consoladora tarea de la reintegración de todos los bautizados en un solo redil y bajo un solo Pastor.

El documento pontificio tiene ante sus ojos —si no de modo exclusivo, al menos muy principal— a los cristianos de las Iglesias de Oriente y a las comunidades protestantes de la Reforma. El Papa quiere "abrirles su ánimo y hacer llegar su voz a quienes están más allá de los claros límites del redil

de Cristo". La fraternal alusión a la visita "llena de caridad no menos que de nueva esperanza" al patriarca Atenágoras, así como la imploración de las bendiciones del cielo sobre el "movimiento ecuménico" (primera alusión solemne al ecumenismo no-católico) indican el relevante puesto que los problemas unionísticos tienen en el corazón del Padre común de los fieles. Quizás no sea aventurado considerar la encíclica *Ecclesiam suam* como la síntesis —vaciada en documento oficial— de las palabras y del modo de obrar mantenidos por Paulo VI con los hermanos separados desde su ascenso al trono pontifical.

El ecumenismo —tal como aparece en la encíclica— es de grandísima amplitud. Limitémonos en este breve comentario a resaltar algunos de los puntos salientes del mismo. Por razones de aplicación práctica —así como por necesidades de espacio— restringiremos nuestras consideraciones a las comunidades protestantes.

\* \* \*

El marco en que el Papa plantea el problema del ecumenismo es el de la eclesiología. Se trata, sin duda, de la parte del dogma cristiano que, entre nuestros hermanos separados —principalmente los protestantes— suscita mayor interés. "Se ha iniciado, escribía ya hace tiempo Guardini, un proceso religioso de inmensa portada: la idea de la Iglesia vuelve a despertarse en las almas y a adquirir la amplitud cósmica de los primeros siglos y del medioevo" (1). La importancia que el movimiento ecuménico —sobre todo en su sección de Fe y Constitución— atribuye a su estudio aparece en la frecuencia con que el tema es objeto de discusión en sus congresos y reuniones. Se ha hablado mucho del re-descubrimiento de la Iglesia en el protestantismo contemporáneo en contraposición con el individualismo tajante de la primitiva Reforma cuando el hombre "se consideraba casi como si estuviera solo delante de Dios, con la Biblia en la mano, guiado e iluminado directamente por el Espíritu Santo, en relación inmediata con Dios, con quien arreglaba todas las cosas él solo sin la mediación de los hombres". La afirmación es cierta en el luteranismo europeo. Contiene también su parte de verdad en el presbiterianismo escocés, en el congregacionismo británico y en varias de las iglesias históricas que forman el núcleo del protestantismo norteamericano. Los bautistas, presbiterianos y metodistas escriben obras para justificar sus puntos de vista eclesiológicos (2). Ello, como decimos, se debe en buena parte a los hombres de Fe y Constitución, cuyos tres informes de 1952 (3) pueden considerarse hasta cierto punto revolucionarios. En cambio, las sectas y las organiza-

ciones de tipo fundamentalista apenas han experimentado ninguna transformación, sino que siguen aferrados a sus antiguas posiciones.

Lo dicho, por otra parte, no nos ha de inducir a ilusiones falsas como si estuviésemos ya al fin de nuestra laboriosa etapa. "Los contrastes, decía Heiler, entre el catolicismo y el cristianismo evangélico (protestantismo) son fundamentales. Se trata de dos mundos religiosos que, a pesar de los elementos comunes que poseen, se sienten todavía internamente tan diversos que encuentran gran dificultad en penetrar en la vida íntima los unos de los otros" (4). Esa impenetrabilidad nunca se presenta mayor que en la eclesiología. Solucionada ésta, desaparecerían fácilmente nuestros antagonismos en materia sacramental, de sacerdocio y de mariología. Lo experimentan en carne viva quienes toman parte en los contactos ecuménicos. "La doctrina de la Iglesia, nos recuerda la pastoral de los ministros calvinistas holandeses en 1952, es el punto en que el catolicismo se distingue de todas las demás iglesias del mundo" (5). A la doctrina de la Iglesia —con su centro neurálgico del papado— llama Roger Mehl: "la question la plus décisive et la plus irritante qui sépare l'Eglise romaine des autres confessions chrétiennes" (6).

- (1) Guardini, H., *Das Erwachen der Kirche in der Seele*, en Hohland, 1922, p. 257.
- (2) Cfr. Kirpatrick, D. (editor), *The Doctrine of the Church* (metodistas), New York, 1964; Clower, J., *The Church in the Thought of Jesus* (Filadelfia, 1960) y Mac Gregor, G., *Corpus Christi - The Nature of the Church According to the Reformed Tradition*, ib. 1958 (presbiterianos); McCall, D. (editor), *What is the Church?*, Nashville, 1958 (bautistas).
- (3) Flew, N. (editor), *The Nature of the Church*; Maxwell y otros, *Ways of Worship*; Baillie, Marsh, etc., *Intercommunion*. Todos ellos editados en Londres en 1952. A éstos han seguido durante el decenio siguiente otros estudios bajo el título de: *Faith and Order Series*.
- (4) Heller, F., *Evangelische Katholizität*, 1926, p. 151. también Van de Pol, *The Christian Dilemma*, Londres, 1952, pp. 152, ss., y Clyde W., *Interpreting Protestantism to Catholics*, Filadelfia, 1959, pp. 54, ss.
- (5) *Catholicisme et Protestantisme - Lettre pastorale du Synode général de l'église réformée des Pays-Bas*, Paris, 1957, p. 107.
- (6) Mehl, R., *Du catholicisme romain*, Neuchâtel, 1957, p. 52. Véase en J. Pelikan, *The Riddle of Roman Catholicism*, New York, 1959, su capítulo: *The Keys of Peter*, pp. 77, ss.

Para Villain, el dogma eclesiológico continúa siendo "nuestra mayor piedra de escándalo". "Si hay una tesis que nuestros hermanos separados no dudan en rechazar, es el de la Iglesia-institución... Se trata de una tradición protestante que nunca ponen en duda" (7).

En una encíclica diagonal habría diversos modos de abordar el tema de la Iglesia: frontalmente y en actitud polémica; tratando de esquivar ciertos aspectos menos gratos aun a nuestros mismos hermanos separados; aminorando su centralidad dentro del dogma cristiano; o reafirmando, con caridad y firmeza, las prerrogativas recibidas por Ella del Señor para el servicio de la humanidad redimida y su imprescindible papel en los planes salvíficos del mundo. Paulo VI ama demasiado a la Iglesia —como "el bendito canal mediante el cual Cristo difunde en sus miembros místicos las admirables comunicaciones de su verdad y de su gracia"— para no adoptar la última posición.

Extractemos de ella algunas de las ideas más relacionadas con el tema ecuménico. La alusión a la encíclica *Mystici Corporis* de Pío XII como "el texto autorizado de la teología de la Iglesia", así como las citas que hace de la misma, dan enorme relieve a sus doctrinas en relación con el Cuerpo Místico, las condiciones de pertenencia por parte de los miembros, etc., contenidas en ella, poniendo también fin a ciertas controversias que se habían suscitado a su alrededor (8). No hay dicotomía —existencial o dogmática— entre el Cristo que se hizo hombre en el seno de María y el que "ahora está en su Iglesia, viviendo en ella, gobernando por ella, comunicándola su santidad y manifestándose de diversas maneras en los diversos miembros sociales de su cuerpo". Además, como organismo encarnado en la historia, la Iglesia sigue sus leyes de crecimiento y desarrollo que nosotros debemos respetar. Deber nuestro es amarla así, como la quiso su Fundador. Hay en nuestros días —en liturgia lo mismo que en historia y en dogma, sobre todo si ésta se refiere a las estructuras jerárquicas— un afán de primitivismo algo infantil, pero que ejerce atractivo en ciertos círculos. El Papa da su voz de alerta contra tales tendencias:

"No os engañe el criterio de reducir el edificio de la Iglesia, que se ha hecho amplio y majestuoso para la gloria de Dios como magnífico templo suyo, a sus proporciones iniciales y mínimas como si aquellas fuesen las únicas verdaderas y las únicas buenas."

La palabra "reforma" —en conexión con la Iglesia— ha resonado continuamente en nuestros oídos durante estos últimos tiempos.

Se cuentan por millares los artículos que, con mayor o menor oportunidad, se han escrito sobre el caso. En algunos ambientes, la popularidad del orador —o del escritor— ha parecido depender de su audacia en levantar la voz como campeón de dichos cambios. El Papa, lejos de temer sus implicaciones, quiere que "se ponga una vez más de manifiesto" su propio intento de favorecer las debidas reformas. La encíclica tiene varias alusiones a ellas. Recojamos, por tocar de cerca el ecumenismo, aquella en que asegura a los miembros de las demás Iglesias que:

"en tantos puntos diferenciales, relativos a la tradición, a la espiritualidad, a las leyes canónicas y al culto, estamos dispuestos a estudiar cómo secundar los legítimos deseos de los hermanos cristianos, separados todavía de nosotros".

La Santa Sede, desde el pontificado de León XIII hasta nosotros, ha hecho declaraciones semejantes respecto de los ortodoxos. Ningún texto, quizás, tan explícito y tan universal como el que acabamos de citar.

Al mismo tiempo, sin embargo, Paulo VI quiere hacer algunas indicaciones sobre el sentido, el espíritu y los límites de esas reformas. Sabe que "el rostro real de la Iglesia jamás será lo suficientemente perfecto, suficientemente bello, suficientemente santo y luminoso como la querría su divino concepto animador" (9). Esto no obstante, en un punto tan delicado como el presente, hay que multiplicar las cautelas. Ante todo, esas reformas han de llevarse a cabo siempre bajo la dirección de quienes recibieron poder jerárquico y no por iniciativa alguna particular:

"No os fascine el deseo de renovar la estructura de la Iglesia por vía carismática, como si fuese nueva y verdadera aquella expresión eclesial que naciese de ideas particulares (fervorosas sin duda y tal vez persuadidas de que gozan de la divina inspiración), introduciendo así sueños arbitrarios de renovaciones artificiosas en el diseño constitutivo de la Iglesia."

Si los reformadores del siglo XVI hubiesen seguido con fidelidad esta pauta, la Cristiandad no tendría que lamentar hoy el terrible divisionismo que lo aqueja. Aquí, en este espíritu del *sentire et agere cum Ecclesia*, estriba la principal diferencia entre los grandes santos que también desearon reformarla (por ejemplo, un San Bernardo o un San Francisco de Asís) y los que, llevados de impacencias más o menos santas, no dudaron en apartarse de su unidad con el fin de realizar las transformaciones que creían inspiradas. El "profetismo"

—del que tanto se habla hoy día— no puede desligarse de las normas jerárquicas de la Iglesia.

El Papa asigna igualmente los límites a que esas reformas deberán atenerse. "La reforma, dice, no puede referirse ni a la concepción esencial, ni a las estructuras fundamentales de la Iglesia Católica. La palabra estaría mal empleada si la usáramos en ese sentido." Por eso, él prefiere usar otra expresión. "Si se puede hablar de reforma, no se debe entender cambio, sino más bien confirmación en el empeño de conservar la fisonomía que Cristo ha dado a su Iglesia. Más aún, de devolverle siempre su forma perfecta que, por una parte, corresponda al plan primitivo y que, por otra, sea reconocido como coherente y aprobada en aquel desarrollo necesario que, como árbol de la semilla, ha dado a la Iglesia, partiendo de aquel diseño, su concreta y legítima forma histórica" (10).

Hay un último sentido equívoco de reforma de la Iglesia —"adaptación de sus sentimientos y de sus costumbres a las de los mundanos— que la encíclica quiere rechazar. El tema da ocasión al Santo Padre para una magnífica digresión relativa al espíritu de pobreza, de mortificación y de obediencia que, a ejemplo de su Maestro, debe distinguir siempre a los hijos de la Iglesia. Pero, como el punto no toca directamente al ecumenismo, pasemos al problema del diálogo.

\* \* \*

La doctrina del "diálogo cristiano" ha recibido en la encíclica *Ecclesiam suam* su nombre propio ("diálogo de salvación") y su interpretación oficial. Tiene orígenes misioneros; procede de una necesidad cuasi-divina de "efusión"; su impulso interno es "la caridad" y

(7) Villain, M., *Introduction à l'Oecumenisme*, Tournai, 1958, p. 220.

(8) Nos referimos en concreto al problema de cuáles son miembros de la Iglesia. Si para ello es necesario que profesen la "verdadera fe", el término parece restringirse bastante. Cfr. Schmaus, M., *Teología Dogmática, La Iglesia*, Madrid, 1955, pp. 384, ss., con la abundante bibliografía allí indicada.

(9) Más aún, el Papa afirma explícitamente que ese mismo Dios "que asiste y guía a la Iglesia", también permite que la debilidad humana oscurezca algo sus líneas y la belleza de su acción". La historia nos enseña que la deformación no ha sido nunca tal que en ella no se reconozca la obra y la hechura de Cristo.

(10) Es una idea en la que, por ejemplo, el P. Congar insiste mucho en su obra: *Vraie et fausse réforme de l'Eglise*, París, 1950, pp. 357, ss.

el deseo de colaborar, a la medida de las fuerzas, a la realización del testamento de Cristo: "id, pues, adoctrinad todos los pueblos" (Mat. 27, 19). Sus cualidades son la universalidad ("todos los hombres de buena voluntad, dentro o fuera del ámbito de la Iglesia"); la libertad (ya que no obliga a nadie físicamente a acogerlo); la adaptación (no puede ser uniforme; debe hacerse por grados y exige de nosotros que nos hagamos verdaderamente "hermanos de los hombres" con quienes dialogamos), y el espíritu de caridad que, "excluyendo la condenación apriorística, la polémica ofensiva y habitual" y "respetando la dignidad y la libertad" del interlocutor, "busca, sin embargo, su provecho y quisiera disponerlo a una comunión más plena de sentimientos y convicciones".

En la bella imagen de los "círculos concéntricos" en que, según la encíclica, puede moverse el diálogo, "el más cercano" a nosotros es "el de los que llevan el nombre de Cristo". La referencia es clara a la masa de los casi mil millones de bautizados de la población mundial que, de una manera bastante simplista, solemos dividir en cristianos ortodoxos (136 millones); protestantes (263 millones) y católicos (493 millones) (11). Entre los no-católicos, la proximidad al Catolicismo (tanto desde el punto de vista dogmático como del sacramental y litúrgico) es mucho mayor entre los ortodoxos que entre los protestantes. La de estos últimos descende proporcionalmente: desde las llamadas Iglesias altas (en el anglicanismo, en el luteranismo y en algunas comunidades de origen calvinista, a las que, en tantos puntos, los sentimos tan cercanas a nosotros), pasando por aquellas Iglesias históricas (presbiterianas, bautistas, metodistas, congregacionistas, etc.) que, en sus credos y confesiones de fe, conservan con bastante integridad los grandes dogmas cristianos profesados por la Reforma; hasta descender —en su grado ínfimo— a las numerosas sectas (pentecostales, escatológicas y heterogéneas) en las que se han borrado muchas de las huellas eclesiales, litúrgicas y sacramentales del Cristianismo. Aun dentro de las Iglesias históricas, nos será siempre necesario distinguir (porque lo contrario nos induciría a muchas confusiones) entre el ala conservadora y el sector liberal, opuestas muchas veces entre sí más que con cualquiera de las sectas mencionadas (12). La dificultad crece porque "entre los protestantes no existe una autoridad con la que la parte católica pueda tratar oficialmente cuestiones de fe ni pueda obligar a sus propios fieles a adherirse a posibles acuerdos doctrinales con la Iglesia católica" (13). Sin embargo, todos ellos se dan a sí mismos el nombre de "cristianos evangélicos" y, en tal sentido, entran en el ámbito de nuestro diálogo.

En esos diversos estratos del protestantismo, nos dice el Papa, el diálogo nos ayudará a "descubrir los elementos de la verdad" que haya en sus creencias. Tales elementos reciben, en otro lugar de la encíclica, el apelativo de "fermentos espirituales". Su presencia le causa auténtico gozo, pues "parecen preanunciar un futuro y consolador desarrollo para la causa de la reunificación de los hermanos separados en la única Iglesia de Cristo". Ya en 1932 el Papa Pío XI los caracterizaba como "masas arrancadas a una roca aurífera, pero que también contienen oro en sí mismas" (14). Las frases pontificias apuntan a problema de los vestigia Ecclesiae que tan importante lugar ocupan en el ecumenismo contemporáneo. Su concepto dista mucho de ser idéntico entre protestantes y católicos. Uno de estos últimos los ha definido como "auténticos valores cristianos que pertenecen a la Iglesia, pero que aparecen también en las comunidades no-católicas por razón de la estructura de sus comuniones" (15). Como ejemplos más comunes suelen aducirse: la piedad sincera, su gran veneración por la palabra de Dios contenida en las Sagradas Escrituras, el espíritu de oración, el amor hondo hacia la persona y las obras de Nuestro Señor Jesucristo, la fe en la eternidad feliz o desdichada que nos espera, ciertas ideas sacramentales más o menos correctas, sus ansias por la unidad de los cristianos, el serio esfuerzo que hacen por observar en la vida diaria los mandamientos de Dios, etc.

La encíclica no entra en detalles sobre el modo de realizarse esta labor. Los ecumenistas confiesan que es ardua y laboriosa. Por ejemplo, Dom Sartory se pregunta si protestantes y católicos, al referirnos a Jesucristo y a la obra de la redención, significamos una misma cosa. Cita a Asmussen en el sentido de que "las Iglesias evangélicas han apostatado en ambas materias de la doctrina tradicional" (16), y a Nelson, quien afirma que, "de admitir el sentido católico de esas verdades, los protestantes tendríamos que revisar toda nuestra creencia relativa a la Encarnación" (17). "Concluyamos, dice el benedictino, que la misma fe en Jesucristo, considerada como vestigium Ecclesiae, no tiene el mismo sentido entre católicos y protestantes" (18). Naturalmente, las antinomias aumentan a medida que nos adentramos por las nociones de Iglesia, sacramentos o mariología. Y, sin embargo, hay que trabajar en esta dirección. Al ecumenista católico le tocará separar los quilates de oro que se contienen en sus creencias y en convencer a nuestros hermanos separados que, al pasar a la verdadera Iglesia, tales elementos positivos ganarán en unidad y en seguridad (19).

El Papa, echando una mirada a lo que se ha hecho en materia de

contactos con los hermanos separados, vislumbra los frutos que se están logrando. "El diálogo, nos dice, está abierto; más aún, en algunos sectores se halla en fase de inicial y positivo desarrollo". Las frases habrán llevado una inmensa alegría a quienes —a veces en medio de incomprensiones domésticas— han dedicado sus vidas a tan noble causa. A los pioneros que, como el P. Portal, Dom Beau-duin y el cardenal Mercier, tuvieron el valor de organizar las Conversaciones de Mallinas y la humildad de sufrir en silencio el aparente fracaso de aquel audaz intento de reconciliación. A los oscuros investigadores (sobre todo benedictinos y dominicos) que en Amay-Chevetogne, Chatelard, Saulchoir, Downside o Niederaltaich, han investigado año tras año las complicadas causas de las ruptu-

- (11) Coxill-Grubb (editores), *World Christian Handbook*, Londres, 1962, p. 242. Se ha achacado a este volumen de ser menos fidedigno que los anteriores y de exagerar muchos de los totales correspondientes al protestantismo en territorios de misión.
- (12) El contraste, por ejemplo, entre Bultmann y Asmussen en el luteranismo; entre Cullman y Brunner en el calvinismo; Mascall y el deán Inge en la Iglesia norteamericana o Tillich y Henry en el protestantismo norteamericano, nos darán idea de lo que queremos decir.
- (13) Cardenal Bea, *La unión de los cristianos*, Barcelona, 1963, p. 47. Aun dentro de cada denominación, los individuos no se sienten obligados a profesar el credo oficial. En este sentido, no existen iglesias protestantes, sino individuos protestantes.
- (14) Citado por Leeming, B., *The Churches and The Church*, Londres, 1961, p. 255. El texto era: "massi staccati da una roccia aurífera sono auriferi anche essi".
- (15) This, G., *Histoire doctrinale du mouvement oecuménique*, Lovaina, 1955, p. 187.
- (16) Sartory, T., *The Ecumenical Movement and the Unity of the Church*, Westminster, 1963, p. 173.
- (17) Nelson, J. R., *The Realm of Redemption*, Londres, 1952, p. 97.
- (18) Op. cit., p. 173.
- (19) El principio ha quedado hermosamente anunciado por el Papa en el discurso inaugural de la tercera sesión del Concilio Vaticano II: "procuraremos, dentro de la fidelidad a la unidad de la Iglesia de Cristo, conocer mejor y acoger cuanto de auténtico y aceptable se encuentra en las varias denominaciones cristianas separadas de nosotros". (El Tiempo, Bogotá, 15 de septiembre de 1964, p. 4.)

ras y las posibles vías del re-encuentro mutuo. A las revistas *Istina*, *Irenikon*, *Downside Review* y *Unitas*, que, durante decenios, han mantenido viva la llama de un ecumenismo sano y teológico. A quienes como el abate Couturier y sus discípulos han promovido los principios de un ecumenismo espiritual basado en la oración y en el mutuo aprecio... La encíclica sella también con su aprobación oficial la labor realizada en numerosos centros de diálogo ecuménico esparcidos en Alemania, Francia, Bélgica, Holanda, Estados Unidos, etc. (20). En este sentido, las alentadoras palabras de Paulo VI vienen a confirmar la *Carta Magna* con que la Santa Sede, a través del Santo Oficio, animaba en 1950 a los Obispos del mundo entero a establecer dicho género de conversaciones teológicas con los hermanos separados. Los casi quince años transcurridos desde aquella fecha son una prueba de que, en conjunto, la experiencia ha sido fructífera.

Esto por lo que toca al pasado. Para que, en lo futuro, esos contactos (principalmente los del plano teológico) respondan a las esperanzas que en ellos tiene puesta la Iglesia, deben revestir —por la parte católica— ciertas modalidades. “Hace falta, observa el Papa, aun antes de hablar nosotros, oír la voz —o hasta el corazón— del hombre con quien tratamos, comprenderlo y respetarlo en la medida de lo posible y, cuando se lo merece, secundarlo”. Importantísimo. Puede ocurrir que ambos interlocutores procedan con la mejor buena voluntad. Pero ello no basta. La barrera invisible de prejuicios, de incomprensiones, de resentimientos, de temores y de dolorosos recuerdos históricos —en una palabra, de cargas afectivas— se interponen entre nosotros y hacen imposible el diálogo. Hay que derumbar ese muro antes de proseguir. La tarea es ardua porque tampoco nuestra educación teológica (empezando por los manuales de Escritura, de dogma y de historia eclesiástica) sirven de apta preparación para la misma. Ese deshacer nos del yo prejudicial y empezar por meros balbuceos cuando nos gustaría entrar de lleno en el fondo de la cuestión, puede resultarnos hasta humillante. Pero constituye la única solución. Debemos empezar por entender el status quaestionis de nuestros hermanos separados; escucharles la interpretación que dan al hecho de la Reforma, al principio de la salvación por la sola fe, a la suficiencia de la Biblia, etc. No tengamos miedo de haber perdido con ello el tiempo. Las explicaciones escuchadas nos resultarán sumamente instructivas: a veces, para corregirnos en algo que no habíamos comprendido bien; otras, para convencernos de lo sólido de nuestra posición o para mostrarnos la vía mejor de hacer comprender nuestras explicaciones a los demás.

El Papa —siguiendo las huellas de su antecesor Juan XXIII— “hace suyo con gusto el principio de poner primero en evidencia todo lo que nos es común (con los hermanos separados) antes de subrayar lo que nos divide”. “Es, continúa, una orientación buena y fecunda... que estamos dispuestos a continuar”. Hasta la fecha, se había procedido por diversos caminos. La línea apologetica tradicional había insistido con preferencia en la “contraposición de los contrastes” como método más apto para llegar a la verdad. Ultimamente, y ante el aparente fracaso del mismo, crecía el número de los que abogaban por un cambio de táctica. Tal es la línea seguida por el P. Villain en su libro *Introduction à l'Œcuménisme*, 1956. La encíclica indica sus claras preferencias por ésta. Nótese, sin embargo, que el orden de precedencia no es sinónimo de exclusividad. El texto pontificio tiene sumo cuidado de advertirnos que, al lado de las coincidencias, han de figurar también las discrepancias. Minimizarlas sería traicionar a la verdad. Por lo demás, basta anotar el modo de proceder pontificio en el presente documento para entender el sentido pleno de la advertencia (21).

En un párrafo lleno de vigor, Paulo VI toca el problema del bautismo en sus relaciones con la Iglesia. Desea que se le vuelva a dar toda la dignidad que ha tenido en la tradición cristiana. “El ser cristiano, explica, el haber recibido el bautismo, no debe ser considerado como cosa indiferente o sin valor, sino que debe marcar profunda y dichosamente la conciencia de todo bautizado”. De un modo más positivo, por el santo bautismo “el hombre queda insertado en el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia”, elevado a “la felicísima realidad de hijo adoptivo de Dios y a la dignidad de hermano de Cristo”. En él “habita el Espíritu Santo” y recibe “su vocación a una vida nueva”. Toda esta doctrina servirá de grandísimo consuelo a nuestros hermanos separados. En una gran parte de sus Iglesias el bautismo constituye un verdadero sacramento. Al recibirlo, quedan convertidos en miembros de la gran familia cristiana y enumerados por doble título en hermanos nuestros. La doctrina había quedado enunciada en la *Mystici Corporis*. Ahora —y con lenguaje más claro— recibe su confirmación (22).

\* \* \*

Hacia el final de la encíclica —pero sin salirse del tema del diálogo— el Papa aborda toda una serie de problemas relacionados con la manifestación de la verdad entera y completa en el contacto con los hermanos separados. La mayoría de ellos vuelven a ser eclesiológicos. Toda la sección refleja una

honda preocupación pastoral, como si el Sumo Pontífice temiera claudicaciones en terreno tan delicado. No se trata, naturalmente, de negarnos a explicar todo lo que sea conveniente para hacer comprender nuestra posición. La Iglesia está siempre preparada a mostrar a los hermanos separados:

“cómo las prerrogativas (de la Iglesia) que mantienen aún separados de ella a los hermanos, no son fruto de ambición histórica y de caprichosa especulación teológica, sino que derivan de la voluntad de Cristo y que, entendidas en su auténtico significado, están para beneficio de todos”.

Pero aquí está en causa algo más: el silencio o la proclamación de verdades que tocan directamente al depósito de nuestra fe y de cuya preservación depende la salud eterna de las almas. El peligro reviste, por lo tanto, extrema gravedad:

“El arte del apostolado, advierte el Papa, es arriesgado. La solicitud por acercarse a los hermanos no debe traducirse en atenuaciones o disminuciones de la verdad. Nuestro diálogo no debe ser una debilidad respecto al compromiso de nuestra fe. El apostolado no puede transigir con una especie de compromiso ambiguo respecto a los principios de pensamiento y de acción que deben definir nuestra posición cristiana. El irenismo y el sincretismo son, en el fondo, formas de escepticismo respecto a la fuerza y al contenido de la palabra de Dios que queremos predicar.”

Las voces más autorizadas del ecumenismo católico habían cuidado de advertir que, ni en el Concilio ni fuera de él, se podían espe-

(20) De estos centros ecuménicos hablan: Villain (op. cit. pp. 201, ss.; Tavard, G., *Two Centuries of Ecumenism*, Notre Dame, Indiana, 1960, pp. 108-137.

(21) Karl Adam (*One and Holy*, Londres, 1954, p. 81) asienta como regla fundamental del diálogo ecuménico “el tomar con seriedad nuestra propia religión” y considerar como responsabilidad suya explicarla al interlocutor en todas sus fases, favorables o contrarias.

(22) Según la encíclica, por “el hecho de haber recibido el santo bautismo”, la persona “queda insertada en el Cuerpo Místico que es la Iglesia”. En la expresión falta la palabra “miembro”. ¿Suponen esta dignidad los títulos de “hijo adoptivo de Dios” y “hermano de Cristo” que allí se le tributan?

rar cambios doctrinales que tocaran la esencia del Catolicismo (23). Al parecer, ni los mismos protestantes se hacían ilusiones sobre el particular. "Es impensable, ha dicho el obispo luterano Lilje, que un Concilio ponga en duda las bases dogmáticas de la Iglesia Católica" (24). "Se podrá hablar quizás, concluye V. Subilla, de un reformismo, pero no de reforma... Excluyamos por principio una reforma del tipo de aquella que Lutero y Calvino llevaron a la Iglesia universal de su tiempo" (25). ¿A qué se deben entonces estas serias admoniciones pontificias? ¿Miran únicamente al futuro o quieren corregir desviaciones ya ocurridas? La encíclica no lo dice.

Como quedó indicado anteriormente, el punto neurálgico de nuestras disensiones ecuménicas continúa centrándose en la doctrina del Papado. Paulo VI lo sabe y su solo recuerdo aflige su alma. Pero la circunstancia tampoco le arredra. La responsabilidad pontificia es demasiado grave para esquivarla.

Ya en los primeros párrafos del documento, el Papa subraya que, a su función de "Obispo de Roma", van ligados indefectiblemente el de "sucesor del bienaventurado apóstol Pedro", el de "administrador de las supremas llaves del Reino de Dios" y el de "Vicario de aquel Cristo que hizo de él el pastor primero de su grey universal". La solemne reafirmación será provechosa aun para ciertos católicos que en sus publicaciones tendían a separar el título de "Obispo de Roma" de las demás prerrogativas que le son inseparables (26).

El Papa sabe también que, a propósito de la colegialidad episcopal, las agencias de prensa y ciertos reporteros se han referido al "fin de la autocracia papal" y a la "agonía del curialismo", a los que sustituirían —en plan más democrático— comisiones episcopales "impuestas" por el Concilio. A tales rumores —infundados o falsos, pero que podían hallar entrada en ciertos ambientes y crear confusiones entre las Iglesias separadas— la encíclica quiere dar una adecuada respuesta. Nadie podrá acusar al Pontífice reinante de no haber observado —dentro y fuera de las sesiones conciliares— una profunda veneración por la magna Asamblea. En la presente encíclica adopta la misma posición. A los miembros del Concilio toca "sugerir cuáles son las reformas que han de introducirse en la legislación de la Iglesia". Su deseo es igualmente "dejar a tan elevada y venerable Asamblea libertad de estudio y de palabra". Pero, al mismo tiempo, el Papa "reserva a su oficio apostólico de maestro y pastor, puesto a la cabeza de la Iglesia de Dios, el momento y modo de expresar su juicio", aunque "contentísimo si puede ofrecerlo en conformidad con el de los Padres conciliares". En los anales de la Iglesia la doc-

trina no encierra ninguna novedad. La proclamaron los Papas cada vez que, como en los concilios de Nicea, Constanza, Basilea o Vaticano I, hubo necesidad de afirmarla. Por lo visto, no estaba de más recordar su vigencia en 1964.

¿Qué hacer si la doctrina del primado pontificio se interpusiera como insuperable obstáculo a la unidad de los cristianos? Tocamos aquí una de las fibras más sensibles en las relaciones con nuestros hermanos separados. De ahí las veladas sugerencias hechas por ciertos irenistas con el fin de que "se aminore su portada" o —al menos como técnica de diálogo— se retrase lo más posible su mención, con peligro evidente de que quede para siempre arrinconado en la penumbra. No hace falta ser lince para detectar el empeño con que ciertas publicaciones ecuménicas tratan de esquivar el tema que, evidentemente, no es el más apto para arrancar aplausos ni frases encomiásticas de aprobación. Hay quienes —quizás con menor razón— ven en los sistemáticos ataques contra "el centralismo romano" un intento más de socavar la autoridad pontificia.

El Papa, naturalmente, no piensa de la misma manera. Hace ya algún tiempo, el cardenal Bea afirmaba que, muy a pesar nuestro, en la presente materia sólo cabía a los católicos un non possumus formal, ya que "la misma naturaleza de la Iglesia, querida y sancionada por Cristo, se opone en este punto a cualquier concesión" (27). Nos lo repite de modo solemne —con una mezcla de emoción y de sincera humildad— Paulo VI con estas palabras:

"Un pensamiento nos aflige y es el de ver cómo precisamente Nos, promotores de la reconciliación, somos considerados por muchos hermanos separados el obstáculo principal que se opone a ella, a causa del primado de honor y de jurisdicción que Cristo confirió a San Pedro y que Nos hemos heredado de él... (28).

"Queremos suplicar a los hermanos separados que consideren la inconsistencia de tal hipótesis, y no sólo porque sin el Papa la Iglesia Católica ya no sería tal, sino porque faltando en la Iglesia de Cristo el oficio pastoral supremo, eficaz y decisivo de Pedro, la unidad se desmoronaría y en vano se intentaría luego reconstruirla con criterios sustitutos de aquel auténtico establecido por Cristo, con lo que 'se formarían tantos cismas en la Iglesia cuantos sacerdotes', como escribe acertadamente San Jerónimo."

El lenguaje, aunque inspirado en profunda caridad cristiana, ha podido parecer severo a algunos. Uno

de los más autorizados representantes de las Iglesias ortodoxas lo ha calificado de "retroceso" en la atmósfera ecuménica que se iba creando. Al redactar estas páginas nos ha sido imposible todavía examinar las reacciones de las comunidades protestantes al mensaje pontificio. Es posible que no todas sean favorables. Pero hay momentos en la historia de los individuos y de las instituciones en los que el silencio sería una traición. Y éste hubiera podido ser uno de ellos. La encíclica *Ecclesiam suam* de Paulo VI, verdadero hito en la marcha del movimiento ecuménico, ha tenido el acierto de abrir amplios horizontes al diálogo entre los cristianos y la valentía de señalar los escollos que en tan empinado camino —estrecho como el que lleva al Cielo— pueden salirnos al paso. Por ello le bendecirán las futuras generaciones.

Bogotá, 15 de septiembre 1964.

- (23) Card. Bea, *II Concilio sulla via dei protestanti* (Civiltà Cattolica, 16 sept. 1961, p. 568); Boyer, C. (en *Unitas*, 1961, p. 202); Card. Montini (Civiltà Cattolica, 7 de abril de 1962, p. 78): "l'istituzione (la Iglesia) non può essere scalfita in nessuna delle sue strutture dogmatiche, giuridiche, sacramentali".
- (24) Citado por el Card. Bea, *La Unión de los cristianos*, p. 186.
- (26) En un volumen recientemente editado con "discursos representativos" del Concilio Vaticano, los discursos del Papa van precedidos con el sencillo título de "obispo de Roma", casi en el mismo nivel que el resto del episcopado. Aunque en ello nada haya doctrinalmente reprehensible, esa sobriedad no suena bien a nuestros oídos católicos.
- (27) Op. cit. p. 227.
- (28) Esta es todavía la posición común del protestantismo. Uno de los grupos que más insiste en la "incompatibilidad del dogma primacial con el ecumenismo" es el anglicano. El *Church Times* (13-2-63) citaba al arzobispo Ramsey, de Canterbury: "la unidad de la Iglesia se logrará algún día, pero no sin que antes se hagan cambios fundamentales en la Iglesia romana respecto a la doctrina del pontificado". "La Iglesia de Inglaterra, por la voz de sus más renombrados teólogos... no puede persuadirse de que la primacía del Obispo de Roma sea de la misma naturaleza que la soberanía de Cristo en la Iglesia y está persuadida de que el Señor está presente y dirige a las Iglesias que no están en comunión visible con Roma" (citado por Irenikon, 29, 1964, p. 184).